

Boletín mensual para los Servidores de la Renovación en el Espíritu Santo de Cuba

COMUNIDADES CRISTIANAS HOY - II

4. Elementos de toda Comunidad Cristiana

Y ¿cómo fue esa “primera comunidad cristiana” animada al soplo vivificante del Espíritu? ¿Cuáles fueron sus notas características? Los capítulos 2,42-5,42 de los Hechos de los Apóstoles nos brindan, en impresionante panorama, el cuadro sencillo a la vez que espléndido de la iglesia primitiva. Esa iglesia fue una:

1.- Comunidad de Fe: Hch 2,44; 4,4.32; 5,14.

La comunidad cristiana primitiva fue ante todo una “comunidad de fe”, una iglesia de creyentes: 2,44; 4,32; 5,14. Sus miembros comenzaron a reunirse y a vivir unidos porque un vínculo común los congregaba: la fe en el Señor Jesús. Por una gracia interna de Dios, gracia de iluminación para el entendimiento y de moción para la voluntad, muchos, al escuchar la Palabra proclamada por los Apóstoles, „creían”: 4,4.

2.- Comunidad de Amor: Hch 2,42.44; 4,32a.

El Señor Jesús lo había dicho: “En esto conocerán todos que son mis discípulos: si se aman unos a otros”: Jn.13,35. No podía entonces ser de otra manera. Esta realidad aparece descrita en fórmulas densas, plenas de significación: “Acudían asiduamente a la comunión”; 2,42. “Todos los creyentes vivían unidos”: 2,44. “La multitud de los creyentes tenían un corazón y una sola alma”: 4,32a.

El amor es el primer don que

comunica el Espíritu Santo al poseer a un creyente: Rom.5,5; y la caridad es el carisma por excelencia: “Si no tengo amor, nada soy... El amor no acaba jamás... Por ahora permanecen la fe, la esperanza, la caridad: estas tres; pero la mayor de ellas es la caridad” I Cor. 13,1.8.13.

La “comunión” es el fruto de la unión íntima de alma y corazón entre hermanos. Esta “comunión” fraterna tiene su origen en la unión que existe entre Dios y cada uno de los creyentes. Dios es luz, justicia y amor: I Jn 1,5: 2,29: 4,8.16. Y el que vive unido a Dios participa necesariamente de su luz, de su justicia y de su amor, y guarda los mandamientos de Jesús, particularmente el de la caridad: “Quien ama a su hermano permanece en la luz...”: I Jn 2,10. “Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor”: I Jn 4,8.

Sobre los frutos del amor, véanse los siguientes textos: Rom.12,9 21; Flp 2,1-4. Sobre las manifestaciones del amor, que son las virtudes en acto, véase I Co 13.4-7.

3.- Comunidad de oración. Hch 2,42.46. 47; 3,1.8-9; 4,21.31; 5,12.

En una comunidad nacida al soplo del Espíritu Santo surge de inmediato la necesidad de orar, de buscar a Dios, de ir al encuentro del Señor. La oración se torna exigencia del corazón. El alma, llena de la gracia de lo alto, prorrumpe en alabanza, glorificación y acción de gracias al Señor. Los primeros cristianos se reunían para orar.

En estas asambleas de oración, “la alabanza” ocupaba un lugar primordial. Y era natural, pues se trataba de alabar y glorificar a Dios por la obra de salvación realizada a través de su Siervo Jesús en favor de todos los hombres: cfr Hch 2,47: 3,8 9; 4,21; 13,48; 21,20.

Esta alabanza gozosa no era sino la continuación del himno de gloria iniciado en Belén cuando “los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto”: Lc 2,20; y continuado a través del ministerio lleno de misericordia y compasión del Señor Jesús: cfr Lc 5,25-26: 7,16; 13,13 23,47.

Así, los primeros creyentes “acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu”: Hch 2,46; y solían reunirse en el pórtico de Salomón: Hch 5,12b. El Templo era el sitio elegido por Dios para fijar allí su morada: “Mis ojos estarán abiertos y mis oídos atentos a la oración que se haga en este lugar, pues ahora he escogido y santificado esta Casa para que en ella permanezca mi Nombre para siempre. Allí estarán mis ojos y mi corazón todos los días”: 2Cr 7,15,16.

Pero, además de la oración en el Santuario oficial, los cristianos se reunían con asiduidad por las casas para orar, alabar a Dios y partir el pan: 2,42.46.

4.- Comunidad eucarística: Hch 4,42 46.

La oración llegaba a su cumbre en la celebración de “la fracción del pan”,

ese rito que Jesús instituyó la víspera de su muerte y que ordenó repetir en recuerdo suyo: *“Tomen, coman, este es mi cuerpo... Beban todos (de este cáliz), porque esta es mi sangre de la Alianza, que va a ser derramada por muchos para remisión de los pecados”*: Mt 26,26-28.

Nosotros hemos heredado de nuestros hermanos de entonces la fe eucarística, según la cual bajo el pan y el vino consagrados están verdadera, real, y sustancialmente el Cuerpo y la Sangre de Jesús.

5.- Comunidad alegre y sencilla: Hch 2.46: 5.41.

Las reuniones fraternas de la comunidad se desarrollaban también en un ambiente de convivencia festiva en que *“tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón”*: 2,46b.

Ese gozo no era simplemente la alegría que produce el disfrutar de las cosas de este mundo, sino el gozo profundo que brota de lo más íntimo del corazón donde ha hecho su morada el Espíritu Santo: *“Los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo”*: Hch 13,52. Cfr Hch 5,41; 8,8.39; 13,48; 16,34. San Pablo escribirá más tarde a los cristianos de Roma: *“El reino de Dios no es comida, ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo”*: Rom 14,17.

6.- Comunidad de participación de bienes: Hch 2,44b-45: 4,32b.34-35.

El amor auténtico, la “caridad” cristiana es eficaz y mueve de inmediato a la acción e impulsa a la donación de la persona misma y de lo que tiene. No es de extrañar, por tanto, lo que escribe San Lucas: *“Todos los creyentes.. tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de*

cada uno”: 2,44-45. *“Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo lo tenían en común... No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartían a cada uno según sus necesidades”*: 4,32b.34

7.- Comunidad Apostólica: Hch 2,42-43; 4,23-31.33.35.37; 5,12.29.41 -42.

Entre los elementos que integraban la vida de la comunidad cristiana primitiva uno muy importante era, sin duda alguna, el ministerio de los Apóstoles. Jesús había llamado a los Doce: Mc 3,13-19; Jn 15,16; él los había escogido para que, en la renovación mesiánica, gobernarán las doce tribus de Israel, es decir, al nuevo Israel, a la Iglesia de Cristo: Mt 19,28; él les había asignado a Pedro como hermano mayor para que hiciera sus veces ante ellos: Mt 16,18; Lc 22,32; Jn 21,15-17; y, congregados con María su madre, los había ungido con el Don de su Espíritu: Hch 2,1-4.

Pues bien, los Apóstoles ahora, llenos del Espíritu Santo, *“daban con gran poder testimonio de la resurrección del Señor Jesús”*: Hch 4,33. La proclamación de la muerte, resurrección y glorificación de Jesús era el tema fundamental del testimonio apostólico. Invasión por la fuerza del Espíritu, *“no cesaban de enseñar y de anunciar la Buena Nueva de Cristo Jesús cada día en el Templo y por las casas”*: 5,42; e inclusive se sentían felices cuando *“eran considerados dignos de sufrir ultrajes por el nombre de Jesús”*: 5,41.

Además de la proclamación pasual de Jesús (muerte, resurrección y glorificación), los Apóstoles se dedicaban a “enseñar” a los nuevos

convertidos: Hch 2,42. Esta “instrucción o doctrina” consistía en transmitirles, también al impulso del Espíritu Santo, lo que Jesús había hecho y enseñado durante su vida, haciéndoles ver cómo las divinas Escrituras habían encontrado realización plena en Jesús. Esas instrucciones sobre Jesús se han perpetuado en nuestros actuales Evangelios.

Todo esto supone que Jesús había investido a los Doce con un carisma particular, el carisma de “ser apóstoles”, de “ser pastores”, comunicándoles una autoridad específica para dirigir y apacentar el Pueblo de Dios: Cfr. Hch 6,2,4; 8,14-17; 9,32; 10-11: 12: 15; etc. Ese carisma de gobierno y de pastoreo se ha perpetuado a través de los siglos en el ministerio pastoral de la Iglesia, el cual reside en el Sumo Pontífice como sucesor de Pedro, en los Obispos como continuadores de los Apóstoles, y en los Sacerdotes, los cuales participan de ese mismo ministerio pastoral.

8.- Comunidad Carismática: Hch 2,43: 5,12a.15-16.

El poder que el Espíritu Santo había comunicado a los Apóstoles se manifestaba en los milagros: „El temor se apoderó de todos, pues muchos prodigios y signos se realizaban en el pueblo por manos de los apóstoles“: 2,43 5,12a; *“hasta tal punto que incluso sacaban los enfermos a las plazas y los colocaban en lechos y camillas, para que al pasar Pedro, siquiera su sombra cubriese a alguno de ellos. También acudía la multitud de las ciudades vecinas a Jerusalén trayendo enfermos y atormentados por espíritus inmundos, y todos eran curados”*: 5,15-16.

